

La guerra y el odio

El siglo presente contempla, por triste privilegio, la guerra más extensa y encarnizada que registra la Historia.

Ciertos rasgos caballerescos, los alardes científicos que representan los medios puestos al servicio de las respectivas patrias, la noble abnegación de los bizarros militares, los sacrificios colosales de los pueblos, la misión elevadísima y suprema que se atribuyen los jefes de los Estados en lucha, la grandeza de las proporciones gigantescas de los interminables combates... podrán impresionar y producir la más honda emoción, las más intensas corrientes de simpatía por unos o por otros beligerantes; pero la razón serena y la buena voluntad protestan contra una contienda tan inexplicable y tan funesta, inspirada por la enulación y el deseo exclusivista de dominar el mundo; cuando el mundo es de todos, y ha de conquistarse por la inteligencia y el trabajo puestos al servicio de la solidaridad humana, inspirada por la caridad, y con los derroteros del progreso hacia el Bien Supremo.

La guerra, se dice, ha formado las grandes nacionalidades; pero también las ha destruido. Y, si por encima de tantas ruinas la Humanidad marcha y progresa, es porque los hombres buenos y sociales aprovechan hasta la adversidad para mostrar su virtud, servir a su patria y laborar por la reconstrucción de cuanto abatió el espíritu destructor; y la Providencia Divina sabe sacar bienes hasta de los males que hacemos.

Mas lo que contrista el alma cristiana es la desproporción enorme entre la causa y el efecto en la presente guerra, lo cual permite apreciar el odio latente, pero avasallador y repulsivo, de unas razas y gentes y naciones contra otras.

Y ese odio inspira en los beligerantes como supremo canon de política internacional el infame principio de que «el fin justifica los medios.»

Los turcos despiertan la guerra santa, para mover los 230.000.000 de musulmanes cuyo mayor contingente se halla cabe las posesiones inglesas y francesas; y los aliados traen a las primeras líneas de combate a los indostanos que manejan hábilmente el cuchillo en los combates «cuerpo a cuerpo», y a los senegaleses, los que arrancan la cabeza y cortan las orejas de los alemanes para presentarlas como trofeos a sus jefes.

¿Dónde están las leyes de la guerra? ¿Dónde los sentimientos humanitarios? ¿Dónde la doctrina de Jesucristo?

No hay que vivir en el mundo del sofisma, no convencen los alardes de civilización si se retrocede con los hechos

al verdadero salvajismo; y mucho menos podemos pretender que somos cristianos si ansiamos el aniquilamiento de nuestros adversarios; lo ha dicho el apóstol San Juan: «Si alguno dijere: yo amo a Dios, y aborreciere a su hermano, es un mentiroso.»

Entiendo que sería muy conveniente la incesante propaganda del amor al prójimo y la formación de un núcleo poderoso formado por las naciones neutrales, para que si la voz del Cristianismo, y aun de la razón humana, no llegasen a detener ni a modificar la acción bélica de los encarnizados contendientes, laborase por las treguas y la humanización de la guerra; y, en definitiva, cuando la victoria decidiese el triunfo de una parte, jamás consintiera la iniquidad inmensa de la destrucción ninguna de las poderosas y cultas naciones en discordia y las obligase a ir al tribunal de Arbitraje para refrendar allí las condiciones de la Paz.

LUIS MENDIZÁBAL Y MARTÍN.

La devoción a San José

Hermoso florecimiento de los tiempos últimos de la Iglesia católica es el aumento de la devoción popular al glorioso Esposo de María y Padre legal de Jesús, el Patriarca San José. Consuela y alienta a los corazones, entristecidos por el indiferentismo de nuestro siglo, ver cada año cómo al acercarse marzo, se aviva y reenciende la llama de este amor, acompañado de sin igual confianza en la protección poderosa del castísimo Esposo de María. Providencialmente debe de ser ese amor josefino, que han favorecido con toda suerte de piadosos estímulos los soberanos Pontífices, por responder, sin duda, muy eficazmente a las dos necesidades principales que experimenta hoy el pueblo cristiano, y son: la restauración de la clase obrera y la restauración de la Sociedad doméstica, o sea, San José, modelo del pobre trabajador, y San José, modelo del padre de familias.

Contempladla como queráis esta simpática figura; las dos notas características que en ella resaltan, son principalmente esas dos: la dignidad del trabajo y la santidad del hogar doméstico.

Aquellas manos y brazos que sostenían al Dios de cielos y tierra, hecho Hombre, ganándole el pan con el sudor de su rostro y con las fatigas de la labor menestral cotidiana, labor humilde, labor ordinaria, que tantos miran hoy con menosprecio, como si rebajara al hombre el ser pobre y el ser trabajador. La Revolución, que nos ha hecho creer éramos algo, como dioses de la tierra, quiere y busca en efecto que nos avergoncemos de que nuestra

divinidad haya de buscarse trabajando el alimento de cada día. La Iglesia, pues, en contraposición a esa falsa dignificación del hombre, nos presenta dignificado y glorificado el trabajo, mostrándonos al Padre de todo un Dios verdadero, y a este mismo verdadero Dios ocupados en el modesto oficio de carpinteros; sin ninguno de los prestigios que ambiciona el mundo; sin la aureola del saber, del poder o de la riqueza; sin más que los atractivos de la paz, del hogar y de la modesta honradez de la virtud.

Y en cuanto a la segunda representación que trae ese buen Santo menestral, o sea, la de la autoridad doméstica tan desconocida hoy, tan maltrecha por las perversas leyes y por las perversas costumbres, ¿quién no la admirará en S. José como divinizada tanto como el moderno naturalismo la presenta bastardeada y oscurecida? San José es figura en la tierra de la más alta paternidad, cual es la del Eterno Padre, y la ejerce sobre la segunda Persona de la Santísima Trinidad, y la ejerce, siendo El un humilde artesano, la ejerce y es respetado y es obedecido. María y Jesús acatan la voz del pobre Carpintero, y esperan de El las órdenes del Cielo, y las cumplen y obedecen con la sumisión más perfecta. No hay ejemplo de hombre alguno que haya tenido más alta autoridad, o la haya hecho valer sobre súbditos de más excelsa condición. Ni el cetro de los grandes monarcas, ni la espada de los grandes conquistadores, pueden jamás compararse con las humildes herramientas del oficio, con que el ignorado Carpintero de Nazareth representaba en el pequeño reino de su casa, la soberanía delegada del Padre celestial. ¡Oh, cuán dignificadas y glorificadas quedaron desde entonces la familia cristiana y la autoridad del encargado de regirla en nombre de Dios Nuestro Señor!

Padres y obreros, mírense en ese espejo que con preferencia pone ante sus ojos la Iglesia Católica, durante el mes de marzo. Contemplan padres y obreros a ese Obrero y a ese Padre, en que están como reunidas todas las cualidades morales, que han de hacerlos felices en la tierra y en el cielo. La sencillez digna y gloriosa, la mansedumbre prudente, la paciencia incansable y perseverante, la pobreza no sólo resignada, sino alegre, el corazón levantado siempre de los lodazales del mundo a los pensamientos de Dios, las mismas terrenas pero legítimas aficiones, ennoblecidas y santificadas, el nombre de la clase, enaltecido y respetado, la vida sobria, la muerte tranquila... ¡Oh, qué conjunto de virtudes populares cristianas, que hoy más que nunca debemos inculcar, con el ejemplo de San José,

al obrero y al padre de nuestros tiempos!

F. S. y S.

Trabajo y amor

La vida cristiana,
La vida sublime
Que al hombre redime
De culpa y dolor,
Se funda en dos leyes,
Por Cristo cumplidas,
Y en El bendecidas:
«Trabajo y amor».

¡Miradlo Es del Padre
La Eterna Figura,
La Excelsa Hermosura,
La Suma Bondad;
El Dios, hecho hombre,
El Verbo Encarnado,
El Sol Increado
De Vida y Verdad.
¡Miradlo! Ni un átomo
Se esconde a su vista;
Nada hay que resista
Su inmenso poder...
Y muéstrase al mundo,
Que bulle altanero,
¡Como un pobre obrero
De humilde taller!

Allí todo es sabio
Dechado y ejemplo;
Aquello es un Templo
Mejor que un hogar.
Allí de lo grande
Se aprende la ciencia;
¡Allí hay obediencia!
¡Aquello es amor!

Allí El que los orbes
Sacó de la nada
Y ve anonadada
Naturaleza a su pie,
Su frente doblega
Ante un Carpintero,
Y labra un madero,
Y ayuda a José...
¡José! Su figura
Se eleva atrayente;
Estela fulgente
De luz deja en pos:
Le llama «su esposo»,
De Cristo la Madre;
Le llama «su padre»,
El Hijo de Dios.

¿Qué importa que bañen
Su frente sudorosa,
Si en esos amores
Consuelo hallará?
¿Qué importa la ruda
Faena penosa,
Si allí está la esposa
Si allí el Hijo está?

¡Qué Hogar más divino!
Ese es nuestro Ejemplo,
¡Venid a ese Templo!
¡Venid al Taller!
Ahí está la Cátedra
De ciencia sublime
Que al hombre redime;
¡Venid a aprender!

V. MONTUÑO MORENTE.

LA SIERRA

Este sencillo instrumento de carpintería, que todos conocemos, fué hace muchos años objeto de una transformación que, para burlarse de un santo carpintero, hizo el diablo.

Ved aquí cómo sucedió esto:

En un caluroso día de verano serra-